

cando sus oraciones como habían colocado su dinero, para sacarles los réditos. Y todos así, en esta sociedad que le daba á su fin sin la verdadera fe que en los primeros siglos había fundado el poder de Cristo, sin la abnegación y la obediencia total, necesaria hoy sobre todo, para la omnipotencia de la Iglesia. No trataba de engañarse á sí mismo, los días estaban contados y si Dios no le llamaba á sí, pronto tal vez asistiría á la terrible catástrofe: el campanario desplomándose, hundiéndose el techo de la nave aplastando el altar.

Con tal pesadilla, se paseaba horas y horas, pero la ocultaba, fingía valor, altivo, desdeñando los sucesos, decía con el pretexto de que la Iglesia era dueña de la eternidad. Pero cuando se encontraba con el profesor Herminie, airado siempre ante el buen éxito de los métodos de la Créchérie, muy cerca de pasarse á la reacción en nombre de la salvación de la república, ya no discutía con acritud de antes, y se encomendaba á Dios; pues Dios le permitía, de seguro, aquellas saturnales anárquicas para lanzar el rayo sobre los enemigos y hacer en seguida llamar su triunfo. El doctor Novarre decía en broma que el cura abandonaba á Sodoma en la víspera de la lluvia y fuego. Sodoma era Beauclair, burgués y egoísta, condenado á la destrucción para dejar el puesto á la ciudad de la felicidad y de alegría, de paz y de justicia. Todo anunciaba el último estallido; el salario en la agonía, la burguesía se hacía revolucionaria; el sálvese el que pueda de los intereses llevaba á los vencedores las fuerzas vivas del país; lo demás lo barrería el viento. Esta visión era la que le daba de amargura al pobre Marle, cuando paseaba meditando bajo los árboles del boulevard de Magnolles.

A veces se encontraban Gaume y el cura. Primero no se veían; caminaban paralelos, baja la cabeza, abstraídos. Cada cual daba vueltas á su pena; la religión agotada quería morir; la justicia se desesperaba por lo que tan

ba en nacer. Pero al fin levantaban la cabeza, se reconocían y había que decir algo;

—Mal tiempo tenemos, señor Presidente, tendremos agua.

—Mucho lo temo, señor Cura. Este mes de Junio es muy frío.

—¡Ah! qué quiere usted. Ahora todas las estaciones están trastornadas. En nada hay equilibrio

—Es verdad; y con todo, la vida continúa; el sol benéfico lo pondrá acaso todo en su sitio.

Después cada cual volvía á su paseo solitario, meditando, paseando así la eterna lucha del porvenir y del pasado.

Donde más efecto hizo la evolución de Beauclair fué en el Abismo. A cada nuevo éxito bueno de la Créchérie, Delaveau tenía que desplegar más actividad, inteligencia y valor; naturalmente lo que hacía prosperar á la fábrica rival, para él era un desastre. El descubrimiento de excelentes filones en la mina abandonada fué un golpe terrible por la baja del precio de la primera materia. Ya no podía luchar con el hierro y el acero del comercio, y hasta padecía la fabricación de cañones y granadas. Habían bajado las salidas desde que el dinero de Francia se dirigía sobre todo á las construcciones de paz y solidaridad social; ferrocarriles, puentes, toda clase de edificios en que el hierro y el acero triunfaban. Lo peor era que los pedidos que se repartían entre algunas casas ya no bastaban para su ganancia, aunque habían realizado el proyecto de matar una de las fábricas para mejorar el mercado; y ahora; siendo el Abismo la menos sólida, era la que sus rivales se decidían á rematar sin compasión. Las dificultades eran mayores porque los obreros ya no eran fieles. La puñalada de Ragú había hecho gran efecto. Después, Bourron convertido llevándose á Fauchard, había determinado un movimiento en favor de la Créchérie. La experiencia no dejaba lugar á dudas; en la Créchérie ganaban el doble los obreros trabajando ocho horas, sin contar las demás

ventajas: las casitas agradables, las escuelas siempre alegres, la Casa Comunal siempre en fiestas, los Almacenes Generales reduciendo en una tercera parte los precios de consumo, en fin tanta salud y tanto bienestar. Nada prevalece contra los números; los obreros del Abismo reclamaron aumento de tarifas, queriendo ganar tanto como los de la Cr cherie. Como era imposible satisfacerlos, muchos se marcharon, y se fueron, naturalmente,   donde encontraban aquellas ventajas. Lo que paralizaba   Delaveau era la falta de un fondo de reserva; pues, no queriendo darse por vencido, pensaba qué hubiera resistido largo tiempo y al fin triunfado, si hubiese tenido en caja algunos cientos de miles de francos para atravesar la crisis que creía pasajera.  C mo luchar sin dinero? La deuda creada era ya una carga terrible. Luchaba como un h eroe poniendo toda la vida en el empeño de salvar el pasado, la autoridad, el salario, la sociedad burguesa y capitalista; y quería además sacar al capital puesto en sus manos las ganancias prometidas.

En el fondo, el no poder cumplir   Boisgelin esta promesa era su mayor pena; y su fracaso se materializaba cruelmente los días en que tenía que negarle dinero. Aunque el último inventario había sido desastroso, Boisgelin no quería disminuir en nada el tren de la Guerdache, excitado por la misma Fernanda que trataba   su marido como bestia de carga, á quien hay que sacar sangre para hacerla trabajar cuanto pueda. Desde el atentado afrentoso de Ragú, que Fernanda guardaba y escondía en lo más hondo de su carne, buscaba loca el placer, insaciable. Parecía más joven, más hermosa, con cierto desvarío en la mirada, por un deseo imposible nunca saciado. Alarmaba   los amigos de la casa; Ch telard decía al alcalde en confianza que aquella mujer iba á cometer alguna gran atrocidad que daría que sentir   todos. Hasta entonces se había contentado con hacer de su casa un infierno, echando   Boisgelin sobre su marido para pedirle sin cesar dinero,

lo cual desesperaba   Delaveau. La malvada todavía le azuzaba revolviendo el hierro en la herida. Y él seguía ador ndola, la creía inocente, sin mácula posible.

Lleg o Noviembre, adelantándose los grandes fríos. En este mes los vencimientos eran tales que Delaveau sint o temblar la tierra. No tenía en caja el dinero necesario. La víspera de los pagos, se encerr o en su despacho para reflexionar y escribir cartas, mientras Fernanda se iba á comer   la Guerdache. Sin saberlo ella, había él tenido aquella mañana una conversación decisiva con Boisgelin; después de exponerle con brutal franqueza la terrible situación, le había decidido   reducir sus gastos.

Hasta le había aconsejado vender la Guerdache.

Y ahora, solo en su despacho, se paseaba lentamente activando, como por máquina, de vez en cuando, la gran hoguera de cok que ardía en una pequeña estufa de palastro colocada delante de la chimenea. No había más solución que obtener tiempo, escribir   los acreedores, que no podían querer que se cerrase la fábrica. Pero no se apresuraba; escribiría las cartas después de comer; y seguía meditando, yendo de una ventana   otra, volviendo siempre á pararse delante de aquella por la cual veía los inmensos terrenos de la Cr cherie, hasta el parque lejano, hasta el pabellón que Lucas habitaba. El sol poniente, en un cielo de una pureza de cristal, alumbraba   la ciudad naciente con una claridad de oro pálido sobre un fondo de púrpura, con delicadeza infinita. Jamás la había visto así, tan pura, tan vibrante, tan distinta; podía contar las ramas de los árboles, distinguía los menores detalles de las casas, los vivos colores de los azulejos. Por un momento,   los rayos oblicuos del sol todas las ventanas se inflamaron semejanado centenares de fuegos de artificio. Fué una apoteosis, la gloria. Y él lo miraba, separando las cortinas de cretona; pegado el rostro   la vidriera, presenciaba aquel triunfo.

Como Lucas, que muchas veces desde el otro lado miraba el progreso de su ciudad que amenazaba invadir el Abismo, Delaveau, de esta parte solía también contemplarla en su amenaza de conquista. ¡Cuántas veces, ante aquella ventana, había visto la marea de casas subir hacia el Abismo! Venía de muy lejos, del fondo de los terrenos incultos y desiertos; primero una casa, luego otra; las olas se habían multiplicado sin fin y ya estaban á pocos pasos. Era la invasión terrible del mañana, todo el pasado barrido, el Abismo y hasta Beauclair, reemplazados por la nueva ciudad triunfante. Delaveau calculaba aquel progreso previendo el día del peligro mortal. Lo había creído conjurado en la época en que la Crêcherie atravesaba una gran crisis. Pero de nuevo la ciudad se había puesto en marcha, con tal empuje, que hacía temblar las viejas paredes del Abismo. Pero él no quería ceder, luchaba con la evidencia, buscaba en su energía la muralla necesaria.

Pero aquella tarde temía, vacilaba. ¿No había hecho mal, antaño, dejando marcharse á Bonnaire? Recordaba sus palabras proféticas, cuando la gran huelga; y desde el día siguiente, Bonnaire había ayudado á fundar la Crêcherie. Después, el Abismo no había hecho más que declinar; Ragú lo había manchado con un asesinato; Bourron, Fauchard y los demás lo dejaban ahora como lugar de ruína y de maldición. A lo lejos, la ciudad nueva brillaba deslumbradora á los rayos del sol. Un arranque de cólera le devolvió su energía, las creencias de toda su vida. ¡No, no había tenido razón, la verdad estaba en el pasado, no se sacaba nada de los hombres más que doblegándolos bajo la autoridad del dogma; el salario seguía siendo la ley del trabajo fuera de la cual solo había la demencia y las catástrofes. Corrió las grandes cortinas de cretona; no quiso ver más, encendió la lámpara eléctrica y se volvió á meditar en su despacho bien cerrado que la hoguera de la chimenea tenía muy caliente.

Después de comer, Delaveau se puso á escribir las cartas de que esperaba la salvación. Era media noche y aún estaba terminando esta correspondencia tan pesada, tan molesta. Pero ya dudaba, temía otra vez: ¿se salvaría con aquello, aun admitiendo que le diesen prórroga? Muerto de fatiga, había dejado caer la frente entre las manos, sumido en su angustia inmensa. En aquel momento se oyó el ruido de un coche, luego voces; era Fernanda que volvía de la Guerdache y que mandaba á las criadas acostarse. Entró en el despacho con fiero ademán, la voz nerviosa de una mujer airada que contuvo y rumió su cólera muchas horas.

—¡Dios mío! ¡qué calor hace aquí! ¿Se puede aguantar un fuego semejante?

Se dejó caer en una butaca y desabrochó y arrojó de sí el magnífico abrigo de pieles que le cubría los hombros. Apareció entonces adorable, de belleza maravillosa, toda de seda y encajes blancos, muy escotada, seno y brazos desnudos. Era un lujo que no asombraba al marido, que ni veía siquiera, pues solo amaba de ella la deliciosa criatura ante la cual el temblor del deseo siempre le había dominado, obediente sin discernimiento ni fuerza. Jamás mayor embriaguez voluptuosa había emanado de ella.

Pero cuando, con zumbidos en la cabeza todavía, sentado á su bufete, la miró un momento, se alarmó.

—¿Qué tienes, querida mía?

Su exaltación era visible. Sus grandes ojos azules de morena que acariciaban casi siempre, brillaban ahora con ardor sombrío. La boca pequeña de falsas sonrisas amables, entreabierta, enseñaba los dientes sólidos de un brillo inalterable, dispuestos á morder. Todo su rostro, de óvalo delicioso, bajo la negra cabellera, se hinchaba anhelando violencia.

—¿Qué tengo yo?—dijo por fin temblando.—No tengo nada.

Volvió el silencio, y en la gran paz muerta del invierno,

se oyó el fragor del Abismo en su faena que sacudía la casa con temblor continuo. Por lo común, ni siquiera lo notaban. Pero aquella noche, aunque los pedidos habían disminuído mucho, se acababa de poner en actividad el martillo-pilón de veinticinco toneladas, para forjar de prisa el tubo de un gran cañón; y el suelo temblaba, las vibraciones de cada golpe parecían retemblar en el despacho mismo, comunitándose por la galería de madera que lo unía á la fábrica.

—Vamos, tú tienes algo,—añadió Delaveau.—¿Por qué no me dice lo que tienes?

Dejó ella escapar un gesto de furiosa impaciencia y respondió:

—Subamos á acostarnos; será lo mejor.

Pero no se meneaba; sus manos retorcían febriles el abanico y una rápida respiración la movía el seno desnudo. Al fin dijo lo que la estaba sofocando.

—¿De modo, que has ido á la Guerdache esta mañana?

—Sí, he ido.

—¿Y es verdad lo que Boisgelin acaba de contarme? ¡que la fábrica está en peligro de quiebra, que estamos en visperas de ruina, hasta el punto que va á haber que comer pan solo y llevar vestidos de lana!

—Sí, he tenido que decirle la verdad.

Temblaba ella, se contenía para no dejar estallar en seguida las quejas y las injurias. Era un hecho, sus goces estaban amenazados, perdidos. La Guerdache no daría más fiestas, ni banquetes, ni bailes, ni cacerías. Se cerrarían las puertas. ¿No le había confesado Boisgelin que acaso tendría que vender? Y adiós también la vuelta á París con millones. Todo lo que había creído al fin suyo, la fortuna, el lujo, el placer saboreado, agotado en su continuo refinamiento de la sensación, se hundía. Sólo veía en torno ruinas; y aquel Boisgelin acababa de exasperarla por su blandura, doblando cobarde la cabeza ante el desastre.

—Nunca me dices nada de nuestros negocios,—añadió

con acritud.—Parezco una bestia; me ha caído esto encima de la cabeza como si se hundiera el techo... Y, entonces, ¿qué es lo que vamos á hacer, dílo?

—Vamos á trabajar, no hay otra salvación posible.

Pero ella ya no le oía.

—¿Has podido creer un instante que voy á consentir en no tener nada que echarme encima, en llevar tacones torcidos y volver á la miseria cuyo recuerdo es una pesadilla? ¡Ah, no, yo no soy como vosotros, yo no quiero! Es preciso que os arregléis, Boisgelin y tú; yo no quiero volver á ser pobre.

Y siguió; dejó salir todo lo que tenía dentro. La miserable juventud, cuando á los veinte años, mantenida por su madre, la maestra de piano, arrastraba la quiebra de su gran belleza, seducida, luego abandonada, toda aquella aventura odiosa sepultada en lo más secreto de ella misma. Su matrimonio de cálculo y de razón; Delaveau aceptado á pesar de su fealdad y condición ínfima, porque necesitaba un apoyo, un marido que utilizaría. La racha de fortuna del Abismo, el buen resultado de su cálculo, el marido convertido en ocasión y garantía de su victoria, Boisgelin conquistado, la Guerdache suya. Y durante doce años todo lo que su perversa voluptuosidad, con un fondo de crueldad innata, había saboreado allí, raro, exquisito; saciando apetitos locos, aplacando el rencor amontonado desde la infancia, feliz con la mentira, el perjurio, la traición, el desorden y la ruina que traía, feliz sobre todo por las lágrimas que hacía verter á Susana. ¡Y aquello no duraría siempre; volvería vencida á la antigua pobreza!

—¡Arreglaos! ¡arreglaos! Yo no quiero andar desnuda. Yo no cambiaré absolutamente nada de mi modo de vivir.

Delaveau, ya impaciente, encogió los hombros fornidos. Había apoyado sobre los puños su cabeza maciza de perro dogo, de mandíbulas prominentes; y la miraba con aquellos ojos negros, tan grandes, congestionado el rostro por

causa del mucho fuego, medio escondido en el collar de barba negra.

—Amiga mía, razón tenías antes; no hablemos de estas cosas, porque esta noche no estás muy razonable... Bien sabes que te quiero mucho; estoy dispuesto á cualquier sacrificio porque tú no padezcas. Mas espero que te resignarás como yo, que voy á batirme hasta el último aliento. Si hace falta, me levantaré á las cinco, viviré con una corteza de pan y consagraré á nuestro negocio el día entero con rudo trabajo, y de noche me acostaré muy contento... ¡Qué importará, Dios mío, que lleves vestidos modestos y que te pasees á pie! La otra noche me decías que estabas cansada de todos esos placeres, siempre iguales.

Era verdad. Sus ojos azules, tan suaves, se turbaron, parecían casi negros. Hacía algún tiempo que sentía dentro de sí un estrago, destruida poco á poco por el deseo loco que no sabía como saciar. La espantosa voluptuosidad gozada con el brutal Ragú la asediaba con el aguijón de una curiosidad perversa, que pedía exasperada sensaciones nuevas. Jamás había sentido espasmo tan agudo ni en brazos del trabajador Delaveau siempre con prisa, preocupado, ni en los del ocioso Boisgelin, tan correcto, casi indiferente. La inspiraban estos un sordo rencor, por lo poco que la divertían, y pensaba furiosa que jamás gozaría ya con nadie. Por esto acababa de acoger con desprecio insultante las lamentaciones de Boisgelin cuando le había explicado la necesidad de reducir los gastos. Por eso volvía tan furiosa, con tanto odio, hinchada por el ansia de morder y destruir.

—Sí, sí,—murmuró;—estos placeres siempre iguales... ¡Oh, no eres tú quien me ha de dar otros nuevos!

Temblaba el suelo con los golpes del martillo-pilón. ¡Cuánto tiempo le había forjado sus delicias, haciendo sudar al acero la riqueza de que ella estaba ávida, mientras el obscuro rebaño de los obreros gastaba su vida para que ella viviese la suya en medio del placer! Y volvió á ver

Ragú medio desnudo, arrojándola sobre el montón de harapos inmundos, poseyéndola entre las llamaradas de los hornos. ¡Y nunca más! ¡y nunca más! Y sintió redoblar el odio salvaje á su marido.

—Culpa tuya es lo que sucede... Se lo he dicho á Boisgelin. Si hubieras comenzado por estrangular á ese miserable Lucas Froment, no estaríamos en visperas de ruina; pero tú nunca has sabido dirigir tus negocios.

Delaveau se levantó de un salto conteniendo todavía el arrebato que le amenazaba.

—Vamos á acostarnos... Acabarías por hacerme decir lo que luego me pesaría.

No se movió ella; y continuó tan amarga, tan agresiva, acusándole de haber causado su desgracia, que acabó él por exclamar, brutal á su vez:

—Pero, hija; al fin y al cabo, cuando nos casamos no tenías un cuarto; tuve yo que comprarte camisas, ibas á verte en la calle, y á estas horas ¿dónde estarías?

Insultante, haciendo avanzar el pecho, con ojos asesinos, respondió ella:

—Pero oye, dí, ¿piensas que, hermosa como era, hija de un príncipe, hubiera aceptado un hombre como tú, feo, vulgar, sin posición, si hubiera tenido pan siquiera? ¡Mírate, mírate, amigo mío! Te he querido porque te comprometiste á conquistar para mí la fortuna, una situación regia. Y si te digo todo esto es justamente porque no has cumplido ninguno de tus compromisos.

Se había plantado él delante de ella; la dejaba decir, apretando los puños, haciendo esfuerzos para conservar su sangre fría.

—¿Oyes?—repitió ella con una obstinación furiosa;—ninguno de tus compromisos, ninguno. Ni conmigo, ni con Boisgelin, pues tú eres quien ha arruinado á ese pobre hombre. Tú le has decidido á entregarte su dinero, le has prometido rentas fabulosas y ahora tampoco va á tener con qué comprarse unos zapatos... Amigo mío, cuan-

do no se es capaz de dirigir un gran negocio, se sigue siendo un empleadillo, se vive en su agujero con una mujer bastante fea y bastante bestia para sacudir el polvo á los niños y repasar calcetines... Esto es la bancarrota y la culpa es tuya, sí, ya lo oyes, tuya, solo tuya!

No pudo él contenerse más. Lo que ella le decía tan bárbaramente le retorció el puñal en el corazón y en la conciencia. ¡El, que la había amado tanto, oírle hablar de su matrimonio como de un vil mercado en que de parte de ella sólo había habido necesidad y cálculo! ¡El, que pronto haría quince años que trabajaba leal, heroico, para cumplir la promesa hecha á su primo, ser acusado por ella de mal administrador! La cogió con ambas manos por los brazos desnudos y la sacudió diciendo en voz baja, como si temiese que el estrépito de sus palabras le enloqueciera á él mismo:

—¡Desgraciada! ¡Cállate! ¡No me vuelvas loco!

Pero ella se había levantado también, se había soltado, balbuciente de cólera y de dolor, sintiendo los tornillos con que la había oprimido, viendo sus brazos, tan delicados, tan blancos, con círculos rojos.

—¡Y ahora me pegas, granuja, bruto! ¡Ah, me pegas, me pegas!

Y adelantaba el rostro hermoso demudado por la rabia y escupía su desprecio, muy de cerca, en la cara de aquel hombre que hubiera querido desgarrar. Jamás le había aborrecido tanto ni le había irritado más su figura fornida de perro dogo. El rencor añejo le subía á la boca con el anhelo de algún insulto irreparable, para concluir. Y su crueldad buscaba la herida emponzoñada, la que más le hiciera gritar y padecer.

—¡No eres más que un animal, no eres capaz de dirigir un taller de diez hombres!

El singular insulto le produjo una risa convulsiva; tan estúpido y pueril era aquello. Esta risa acabó de arrojarla

á una exasperación tal, que llegó á delirar. ¿Qué decirle para que el golpe fuese mortal y cesara de reír?

—Si soy yo quien te ha hecho; sin mí no hubieras sido ni un año director del Abismo.

Reía él con más fuerza.

—Estás loca, hija mía; dices tales disparates, que ya ni me hieren.

—¡Ah! ¿con que digo disparates? ¡Ah! ¿con que no has conservado tu plaza, gracias á mí?

La confesión le había subido á la garganta de pronto. ¡Decirle en la cara de perro, á gritos, que no le había querido jamás, que era querida de otro! Esta era la puñalada que le apagaría la risa. ¡Qué desahogo, qué consuelo, cómo iba á saborear terrible y feroz voluptuosidad en el desastre de su vida que crugía bajo ella! Una vez más pasó la visión de Ragú; lanzó un grito de gozo abominable y se arrojó ella misma al abismo.

—Para que veas que no disparato, has de saber, que duermo con tu Boisgelin hace doce años.

Delaveau al principio no comprendió. De un voleo, le había azotado el rostro la injuria atroz que le aturdía.

—¿Qué es lo que dices?

—Digo, que duermo con tu Boisgelin hace doce años: y puesto que ya no hay nada, pues que todo se hunde, pues bien, ¡sí, señor, hemos concluido!

Apretados los dientes, balbuciente, delirando á su vez, se había lanzado sobre ella, la había vuelto á coger por los brazos, sacudiéndola, arrojándola sobre la butaca. La desnudez provocativa del seno y de los hombros que lucía entre encajes, hubiera querido él pulverizarla á puñetazos, aniquilarla, para que no le insultase ni le torturase más. Se desgarraba por fin el velo de tan larga credulidad; veía, adivinaba. Jamás le había amado, su existencia junto á él nunca había sido más que hipocresía, engaño, mentira y traición. De esta mujer tan hermosa, delicada, exquisita, que adoraba, que deseaba con corazón idólatra, salía de pron-

to la loba, con furor sombrío, con la brutalidad de los instintos. Vela nacer en ella lo que había ignorado tanto tiempo; la corruptora, la envenenadora que lentamente todo lo había corrompido en torno de él; carne de traición y de crueldad, cuyo placer se hacía de las lágrimas y la sangre de los demás.

En el estupor con que luchaba, aún fué ella quien le injurió.

—¿Conque á puñetazos? ¡bruto! ¡Bien, bien, á puñetazos, como tus obreros cuando están borrachos!

Entonces en medio de terrible silencio, Delaveau oyó los golpes acompasados del martillo-pilón, aquel latido del trabajo que sin descanso mecía sus días y sus noches. Venía de muy lejos, como una voz conocida cuyo claro lenguaje acababa de contarle la espantosa aventura. Toda la riqueza que aquel martillo había forjado, ¿no era Fernanda quien la había devorado con sus dientes menudos de esmalte inalterable? Esta idea de fuego le dominaba; era ella la causa del desastre de los millones mal gastados, de la quiebra inevitable y próxima. Mientras él se sacrificaba, trabajando diez y ocho horas al día para salvar el mundo viejo, ruinoso, ella roía el edificio. Y vivía allí, á su lado, tan tranquila, amable y sonriente, y era el veneno, la destrucción; se lo minaba todo paralizándolo su esfuerzo. Sí, allí estaba la ruina, siempre á su lado, en la mesa, en el lecho y él no la veía; y todo lo habían pulverizado aquellos dientes blancos! Recordó las noches en que volvía ella de la Guerdache, ebria de caricias del amante, de vino, de baile, de dinero arrojado á manos llenas, cuando fermentaba su embriaguez sobre la almohada conyugal, mientras él, inocente, imbécil, tendido junto á ella, los ojos abiertos en lo obscuro, se torturaba el cerebro para salvar el Abismo, sin rozarla con un beso por no turbar su sueño. Este horror supremo, el furor loco, le hizo gritar:

—¡Vas á morir!

Se irguió ella en la butaca apoyándose en los codos,

desnudo el pecho, adelantado el divino rostro, bajo el casco negro de su admirable cabellera.

—¡Sí, eso! Lo quiero, estoy harta de tí, de los demás, de mí misma y de la vida! Para vivir pobre, prefiero morir.

El, cada vez más loco, repitió rugiendo.

—¡Vas á morir! ¡Vas á morir!

Buscaba; daba vueltas por el aposento; no tenía armas. Ni un cuchillo, no más las manos para estrangularla. Y luego él ¿qué haría? ¿Resignarse á vivir? Un cuchillo hubiera servido para los dos. Vió ella su vacilación de un segundo, y se creyó triunfante, pensando que no tendría valor para matarla. Se echó á reír á su vez, con risa de ironía insultante...

—¡Vamos, vamos! ¿Pero no me matas?... Mátame, pues, mátame si te atreves.

De pronto se fijó en la chimenea de palastro en que ardía tal hoguera de cok, que ya la estancia parecía como incendiada. Una locura repentina se lo hizo olvidar todo, hasta su hija, su Nisa adorada, que dormía en paz arriba en su cuartito, en el segundo piso.

¡Oh, acabar él también, aniquilarse en el fondo de este horror, de este furor que le arrebatava! ¡Oh, llevar á esta mujer execrable á la muerte y sucumbir con ella, no vivir más, ya que la vida para siempre estaba mancillada y perdida!

Seguía ella azotándole con su risa y su desprecio.

—¡Mátame, anda, mátame! ¡Eres muy cobarde para matarme!

¡Sí, sí, quemarlo todo, destruirlo todo, un incendio inmenso en que desaparecieran la casa y la fábrica; la ruina total, la que habían querido esta mujer y su amante imbécil! Gigantesca hoguera en que él mismo caería hecho ceniza con la perjura voraz y envenenadora; entre los escombros humeantes de la vieja sociedad muerta, que él, necio, había defendido!

Dió un terrible puntapié, volcó la estufa, la arrojó en medio de la estancia repitiendo:

—¡Vas á morir! ¡Vas á morir!

Las brasas se esparcieron por la alfombra en una capa roja. Algunas habían rodado hasta una ventana. Las cortinas de cretona ardieron primero, también la alfombra. Después los muebles, las paredes se inflamaron con la rapidez del rayo. La casa, de construcción ligera ardía chisporroteando y humeando como chamarasca.

Fué aquello entonces espantoso. Fernanda horrorizada, se había levantado recogiendo las faldas de seda y encaje, buscando la salida por donde las llamas no la alcanzaran todavía. Se precipitó hacia la puerta que daba al vestíbulo, segura de que tendría tiempo de escapar llegando de un brinco al jardín. Pero ante la puerta encontró á Delaveau, cuyo puños le cerraban el paso. Le vió tan terrible que se lanzó hacia la otra puerta, la que daba á la galería de madera que conducía á la fábrica. Ya no era tiempo de huir por este lado; la galería ardía con un tiro de chimenea que amenazaba las oficinas. Volvió al medio de la estancia ciega, sofocada, tropezando, loca de rabia al sentir que su vestido y el cabello suelto ardían ya sobre los hombros desnudos acribillados de quemaduras; y con aliento de agonía, con voz de espanto, gritaba:

—¡No quiero morir, no quiero morir! ¡Déjame pasar, asesino, asesino!

Otra vez se había lanzado hacia la puerta del vestíbulo, y quiso forzar el paso arrojándose sobre su marido, siempre allí en pie, inmóvil en su voluntad feroz. Ya no hablaba, sólo repitió sin violencia:

—¡Te digo que vas á morir!

Le clavaba ella las uñas y tuvo que cogerla llevándola otra vez al medio de la estancia convertida en hoguera. Hubo una lucha atroz, se defendía ella con una fuerza de cuplada por el miedo de la muerte; buscaba las puertas, las ventanas con ansia instintiva de animal herido; mien-

tras él la mantenía entre las llamas en que quería morir con ella para que nada quedase de su abominable existencia. Apenas bastaban sus brazos sólidos; las paredes se abrían y por diez veces más la separó de las salidas. Por fin la sugetó, la aplastó en un último abrazo, él que la había adorado, que tantas veces la había cogido y poseído así. Juntos cayeron entre las brasas del suelo; las colgaduras acababan de consumirse como teas, de las maderas llovían tizones ardiendo. Aunque le mordió, no la soltó, la llevaba consigo á la nada abrasados uno y otro por el mismo fuego vengador. Y todo acabó; el techo se hundió sobre ellos al desplomarse las vigas encendidas.

En la Crêcherie, aquella noche, Nanet, que hacía su aprendizaje de ingeniero electricista, salía del cuarto de las máquinas cuando notó hacia el Abismo una gran claridad roja. Creyó primero que eran llamaradas de los hornos de cementar. Pero la claridad aumentaba; y de repente, comprendió: era la casa del director que ardía. En brusca sacudida le hirió la idea de Nisa; echó á correr como un loco, chocó con la pared que ambos en otro tiempo saltaban con tanto brío para encontrarse; y también ahora la saltó, sin saber cómo, ayudándose con pies y manos. Se encontró en el jardín, solo todavía, pues no se había dado la voz de alarma. Sí, sí, era la casa que ardía, y lo espantoso era que iba el incendio desde el piso bajo al tejado como enorme hoguera, sin que dentro se moviera nadie. Las ventanas seguían cerradas, no se abría la puerta que ya ardía sin permitir salir ni entrar. Nanet creyó oír sólo grandes gritos, una lucha de terrible agonía. Por fin las persianas de una de las ventanas del segundo piso se abrieron con violencia, y apareció Nisa entre el humo, blanca toda, sin más que la camisa y unas enaguas. Pedía socorro y se inclinaba hacia fuera aterrada.

—¡No tengas miedo! ¡No tengas miedo!—gritó Nanet como loco.—¡Yo subo!

Había visto una gran escala tendida á lo largo de un



cobertizo. Pero, al cogerla, notó que la sujetaba una cadena. Fué un minuto de angustia, terrible. Cogió una piedra grande y, con todas sus fuerzas, golpeaba los eslabones para romperlos. Bramaba el fuego; todo el primer piso ardía, con tantas chispas y humo, que, á ratos, Nisa desaparecía. Oía sus gritos, cada vez más locos, y él golpeaba, golpeaba, gritando también:

—¡Espera, espera; allá voy!

Se rompió la cadena, y pudo coger la escala. Nunca pudo comprender, más tarde, cómo había logrado ponerla derecha. Fué un prodigio; la arrimó á la pared, bajo la ventana. Vió entonces que era corta, y su desesperación fué tal, que él mismo, un instante, vaciló en su bravura de héroe de dieciseis años, resuelto á salvar á aquella niña de trece, su amiga. Perdía la cabeza; ya no sabía qué hacer.

—¡Espera, espera! No importa. ¡Allá voy!

En aquel momento, una de las doncellas salía por la ventana de su guardilla, que daba al tejado, y se agarraba al borde del canalón; y loca de espanto, creyendo que las llamas ya la cogían, se lanzó al aire y vino á aplastarse cerca de la escalinata, abierto el cráneo, muerta del golpe. Nanet, trastornado con los gritos de Nisa cada vez más terribles, creyó que iba á saltar también. La vió sangrienta á sus pies, y lanzó un grito formidable.

—¡No saltes, allá voy!

Y á pesar de todo, subió por la escala, y al llegar al primer piso, envuelto en llamas, entró por una de las ventanas, cuyos vidrios habían estallado con la fuerza del calor. Ya llegaba socorro, mucha gente estaba ya en la carretera y en el jardín. Hubo entre la multitud algunos minutos de horrible ansiedad, esperando aquel salvamento de una niña por un niño tan locamente bravo. El fuego crecía, crujían las paredes, la misma escala parecía arder vacía, apoyada en la fachada, donde no reaparecían ni el muchacho ni la niña. Por fin, volvió él; la traía al hor-

bro, como un cordero. Había podido, en aquel gran horno, subir un piso, cogerla y bajar; pero sus cabellos se arrugaban chamuscados, la ropa ardía, y cuando se dejó resbalar, más bien que descender, hasta el pie de la escala, con su carga querida, ambos estaban cubiertos de quemaduras, desvanecidos el uno en brazos del otro, unidos con abrazo tan estrecho, que hubo que llevarlos juntos á la Crécherie, donde Sceurette, avisada al punto, vino á servirles de enfermera.

Media hora más tarde, la casa se hundía, no quedaba piedra sobre piedra. Y era lo peor que el incendio, después de haberse comunicado por la galería á las oficinas de la administración, ya alcanzaba á los cobertizos próximos, y devoraba el gran taller de los hornos de pudelar y de los laminadores. La fábrica entera estaba amenazada; el fuego hacía estragos en aquellos edificios viejos, casi todos de madera, tan estropeados y calcinados. Se decía que la otra criada de los Delaveau, habiendo podido escapar por la cocina, había avisado á las cuadrillas de noche, que habían acudido desde el Abismo. Pero los obreros no tenían bombas. Y había habido que esperar á que los de la Crécherie, conducidos por Lucas mismo, viniesen fraternalmente en socorro de la fábrica rival, con la bomba y el servicio de bomberos, una de las creaciones de la Casa Comunal. Los bomberos de Beauclair, muy mal organizados, llegaron después. Era demasiado tarde; el Abismo ardía de un extremo á otro de sus construcciones sórdidas; en varias hectáreas, era una hoguera inmensa que solo dominaban las altas chimeneas y la torre de templar los cañones.

Al amanecer, después de aquella noche desastrosa, había grupos todavía delante de los focos mal apagados, bajo el cielo lívido y helado de Noviembre.

Las autoridades, Chatelard, Gourier, no se habían separado del lugar del siniestro. Y con ellos estaba Gaume, y su yerno el capitán Jollivet. Marle, el cura, avisado muy

tarde, no vino hasta el ser de día, seguido pronto de una ola de curiosos, burgueses, tenderos, los Mazelles, los Laboque, los Caffiaux y el mismo Dacheux. Un viento de terror pasaba, todos charlaban en voz baja. Había el ansia de saber de qué modo había podido producirse tal catástrofe. Solo quedaba un testigo, la criada que había podido huir; y contaba que la señora había vuelto de la Guerda-che un poco antes de media noche: en seguida había habido mucho ruido de voces, después habían aparecido las llamas. Se escuchaba, se repetía la historia á media voz, y los íntimos adivinaban el espantoso drama. De seguro, como lo decía la criada, el señor y la señora habían muerto en aquel horno. Creció el horror al ver llegar á Boisgeline, á quien hubo que ayudar á bajar del coche, desfallecido y pálido. Le dió un síncope; el doctor Novarre tuvo que cuidarle ante aquel campo lleno de ruina, donde humeaban los restos de su fortuna, y donde los huesos de Delaveau y de Fernanda acababan de caer hechos ceniza.

Lucas, en tanto, dirigía las últimas maniobras de sus hombres, para apagar el taller del martillo-pilón, que seguía ardiendo. Jordán, envuelto en una manta, se obstinaba en seguir allí, á pesar del mucho frío. Bonnaire, que había acudido de los primeros, se había señalado por su valor, salvando lo que había podido de máquinas y útiles, dejando su parte al fuego. Bourron, Fauchard, todos los antiguos obreros del Abismo, pasados á la Crécherie, le ayudaron con abnegación en aquel terreno tan conocido de ellos, donde habían padecido tantos años. Pero era como un destino furioso que bramaba cual huracán; todo era arrastrado, barrido, aniquilado, á pesar de sus esfuerzos. El fuego vengador, purificador, había caído como el rayo, arrasaba el campo entero y lo limpiaba de escombros con que lo había obstruido la caída del mundo viejo. Ahora la labor estaba hecha; el horizonte libre, á lo infinito, y la ciudad naciente podía empujar la ola vencedora de sus casas hasta el extremo de las vastas llanuras.

En un grupo se oyó Lange, el alfarero, el anarquista, que decía con voz ruda y alegre:

—No, no; no he tenido el honor de ser yo quien prendió fuego; pero no importa, es una hermosa tarea. Y tiene gracia que los patronos nos ayuden, tostándose ellos mismos.

Hablaba del fuego, y el espanto de todos era tan profundo, que nadie le hizo callar. La multitud se volvía á las fuerzas victoriosas; las autoridades de Beauclair felicitaban á Lucas por su abnegación; los comerciantes y la baja burguesía rodeaban á los obreros de la Crécherie y se ponían abiertamente de su parte. Lange tenía razón; hay horas trágicas en que las sociedades caducas, enloquecidas, se arrojan á la hoguera. Y bajo el cielo gris, de aquella fábrica del Abismo, tan negra, tan triste, donde el salario había respirado agonizante, en las últimas horas del trabajo deshonorado y maldito, no quedaba más que algunas paredes ruinosas sosteniendo los esqueletos de los tejados, por encima de los cuales solo se levantaban, inútiles y lamentables, las altas chimeneas y la torre de templar los cañones.

Aquella mañana, hacia las once, cuando el sol se había decidido á presentarse, límpido, pasó el señor Jerónimo en su cochecillo, que empujaba un criado. Daba su paseo habitual; acababa de seguir el camino de Combéttés, á lo largo de la fábrica y del pueblo creciente de la Crécherie, tan animados, tan alegres, en aquel tiempo seco y de buen sol. Y ahora contemplaba el campo de la derrota, el Abismo asolado, destruido bajo la violencia justiciera de las llamas. Mucho tiempo estuvo mirando con sus ojos vacíos, claros, de una transparencia de agua de manantial. Ni una palabra, ni un gesto; miró simplemente y siguió, y nada decía si había visto y comprendido.